

# Relato de Domingo Faustino Sarmiento sobre su encuentro con el general Justo José de Urquiza en 1851

1852

Domingo Faustino Sarmiento

*Fuente: Domingo Faustino Sarmiento, Campaña del Ejército Grande. En: Beatriz Bosch, Sarmiento y su tiempo: la visión de sus contemporáneos. Historia testimonial argentina, documentos vivos de nuestro pasado. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984.*

## Archivo histórico

<http://archivohistorico.educ.ar>

---

El momento supremo llegaba de ver al General Urquiza, objeto del interés de todos, el hombre de la época, y dispensador de cuanto el hombre puede apetecer; fortuna, gloria, empleos, etc. Yo hice anunciar mi llegada y mi visita y mientras llegaba el momento de hacerla, me informaba de cuanto convenía a mi propósito, y repasaba mis lecciones sobre los miramientos que debía guardar para no comprometer indiscretamente nada. Presenteme al fin en casa de gobierno a las horas de costumbre, y a poco fui introducido a su presencia.

Es el general Urquiza un hombre de cincuenta y cuatro años, alto, gordo, de facciones regulares, de fisonomía más bien interesante, de ojos pardos suavísimos, y de expresión indiferente sin ser vulgar. Nada hay en su aspecto que revele un hombre dotado de cualidades ningunas, ni buenas, ni malas, sin elevación moral, como sin bajeza. Cuando se encoleriza su voz no se altera, aunque habla con más rapidez, y cortando las palabras; su tez no se enciende, sus ojos no chispean, su ceño no se frunce, y pareciera que se finje más enojado de lo que está, si muchas veces las consecuencias no se hubiesen mostrado más terribles que lo que la irritación aparente habría hecho temer.

Ninguna señal puede observarse de disimulo, si no es ciertos hábitos de expresión que son comunes al paisano. Ningún signo de astucia, de energía, de sutileza, salvo algunas guiñadas del ojo izquierdo, que son la pretensión más bien que la muestra de sagacidad. Su porte es decente: viste de poncho blanco en campaña y en la ciudad, pero lleva el fraque negro cuando quiere, sin sentarle mal y sin desdecir de modales muy naturales, sin ser naturalotes. La única cosa que le afea es el hábito de estar con el sombrero puesto, sombrero redondo, un poco inclinado hacia adelante, lo que le hace levantar la cabeza sobre los hombros, sin la gracia, y de la manera un poco ridícula de los paisanos de las campañas.

Mi recepción fue política y aun cordial. Después de sentados en un sofá y pasadas las primeras saluciones nos quedamos ambos callados. Yo estaba un poco turbado; creo que él estaba lo mismo. Yo rompí el silencio, diciéndole el objeto de mi venida, que era conocer al hombre en quien estaban fijas nuestras miradas y nuestras esperanzas, y para poderle hablar de mis trabajos en Chile, de mis anticipaciones sobre el glorioso papel que le estaba destinado... Esta es la única vez que he hablado con el general Urquiza en dos meses que he estado cerca de él. Después es él quien ha hablado, haciéndome escuchar, en política, en medidas económicas, a su manera, en proyectos o sugerencias de actos para en adelante.

[...] Pero lo que más me sorprendió en el General es que, pasada aquella simple narración de hechos que me introdujo, nunca manifestó deseo de oír mi opinión sobre nada, y cuando con una modestia que no tengo, con una indiferencia afectada, con circunloquios que jamás he usado hablando con Cobden, Thiers, Guizet, Montt o el Emperador del Brasil, quería emitir una idea, me atajaba a media palabra, diciéndome: si yo le dije, lo vi, lo hice, etc. Nadie sabe, nadie podrá apreciar jamás las torturas que he sufrido, las sujeciones que me he impuesto para conciliarme, no la voluntad de aquel hombre, sino el que me provocase a hablar, que me dejase exponerle sus intereses, la manera de obviar dificultades, el medio de propiciarse la opinión. [...]

Fui a visitarlo segunda vez a los dos días, me recibió con más cordialidad; fue más expansivo, me habló de muchas cosas, y me insinuó que así que derrocarse a Rosas, se retiraría a su casa dejando a los pueblos darse las instituciones que quisiesen.

[...] Tercera vez lo vi al General al día siguiente, nuestras relaciones tomaron más intimidad aparente, me habló de la conveniencia de llevar el congreso al Paraná, de que he hablado detalladamente en otra parte.